



KRIEMHILDA EXIGE LA PRUEBA DEL FÉRETRO

que nosotros damos al abstracto *gottheit* (deidad). Los germanos eran politeistas, y en el trascurso de los tiempos su politeísmo hizo ascender á doce el número de los dioses mayores, número que se podría reconocer en Escandinavia, pero no en Alemania. En la trinidad de los dioses, Mercurio, Hércules y Marte, citada por Tácito en la *Germania*, podremos ver nuestro *Wodan*, *Donar* y *Zio*; *Wodan* (*Wuotan*, *Wuodan*, *Guodan*, *Woden*, *Wode*, palabras que sacan su origen de la raíz del sanscrito *budh* ó *vudh*, lo cual significa estar despierto, acordarse, reconocer, saber) era venerado como el dios superior, el Zeus ó Júpiter germano; en él está personificada la fuerza del Universo, que todo lo penetra y lo vivifica; él representa el cielo, que con su bóveda protege la tierra; él es el sol, que da luz, calor y fecundidad; él es la tempestad que purifica; y él es, en fin, el espíritu procreador. Con *Wuodan*, que promueve las tempestades de la primavera, las cuales ahuyentan el invierno, anunciando la nueva y abundante vegetacion de los campos, relaciónase aún hoy día la idea popular del *ejército furioso* ó de la caza salvaje; pero ¡cuánto más viva debe haber sido esta idea en nuestros antepasados paganos! En el estrépito del huracan nocturno que suele acompañar al equinoccio de la primavera, ellos creían oír el ruido y las voces del séquito de caza de *Wuodan*, el resoplido y los relinchos de los caballos, los gritos de los cazadores ¡*haloh, huhu hoto!* *Wuodan* el tuerto, pues el sol era su único ojo, mon-



CAZA DEL JABALI

tado en su corcel blanco, corria en pos de la jauría salvaje; llevaba un sombrero de anchas alas, blandía su lanza (*Gnuguir*), y en cada uno de sus hombros iba posado uno de los dos cuervos que, cual símbolos de la omnisciencia, le referían todo cuanto pasaba en el mundo. Detrás avanzaba un largo séquito de dioses y diosas, de compañeros de la *Walhalla* y *Walkuren* (1) montados todos en caballos de extravagantes formas, fantásticos y confusos, como un sueño de la *noche de Walpurgis* (2); y no faltaba tampoco en el cortejo el gran adversario de los dioses aunque su perpetuo compañero, *Lohho* ó *Loko* el malo, la personificación de las tinieblas y del mal, el dios adversario y falso, y de cuyo nombre se encuentran pocos vestigios en Alemania. Sin embargo, el sinnúmero de fábulas del diablo nos da testimonio del afán con que nuestros antepasados paganos se ocuparon de él. Wuodan y su séquito cruzan así, por los aires, pasando sobre los países, fantásticos y terribles, pero también vivificantes y benéficos como una tempestad de primavera. Los labradores de Pomerania y de Mecklemburgo dicen aún hoy día «*der Wode jagt*» (Wodan está cazando); y lo mismo dirían nuestros antepasados cuando de noche resonaba la bocina del dios en medio de la tempestad, mezclándose con el pavor la esperanza de que por fin terminaría la triste temporada de un invierno septentrional.

Wodan procrea con la gran diosa Erde (*Nerthus*, *Nirdu*, tierra) una numerosa prole de hijas é hijos divinos: el dios del trueno, Donar; el de la guerra, Zio; el de la paz, Fro; el de la justicia, Paltar; el de la caza, Vol, y el del mar, Aki; la diosa del amor, Frouwa (de aquí nuestra palabra *Frau*, mujer, señora); la del matrimonio, Holda; la del trabajo, Peratha; la del hogar, Hluodana; la de la primavera, Ostara; y la de las mieses, Volla. Los citados dioses se presentan ya á primera vista como emanaciones de la sustancia cósmica y moral de Wodan, así como en las diosas se nos ofrece la esencia de la gran madre de la vida, Erde, á la cual se opone la muerte, que primitivamente se representaría por la terrible diosa del mundo subterráneo, Hellia, cuya noción personal se ha transformado después, en las épocas cristianas, en la del *hoelle* (infierno).

Con Hellia iban á reunirse, según creencia de los germanos, cuantos morían de enfermedades ó de vejez; mientras que los muertos en la lucha pasaban á la *Walhalla*, la sala de los héroes, guiados por las *Walkuren*, las electoras de los muertos. No cabe duda, por consiguiente, que los germanos conocían el mayor consuelo del género humano, creyendo en otra vida más allá de la tumba, en la inmortalidad del alma después de la muerte del cuerpo. En el sistema de la religión germano-escandinava la idea del destino se simbolizaba, bajo el punto de vista mitológico, en las Normas (hadas); y por lo tanto, de presumir es que no les fuera desconocida la idea de una necesidad física y moral, antepuesta á todo y dominándolo todo. Debo observar de paso, que así como en todas las religiones naturales, en la germánica predominaba también una idea panteísta. Esta creencia de que toda la naturaleza está regida por un sér divino y espiritual, inspiró á la fantasía popular sus ideas sobre los gigantes (*dursen*, *hunen*) y enanos (*elbe*, *wichte*), y toda clase de duendes domésticos, acuáticos ó silvestres, ya benévolos, ya malignos, que aún figuran en los cuentos alemanes. Nuestros antepasados personificaban también la

(1) *Walhalla* ó *Walhall*, pórtico de los guerreros: era en la mitología germánica un palacio situado en el *Glads-Heimur* (mundo de la alegría), á donde iban á vivir los guerreros que sucumbían en la pelea. *Walkuren*, las mujeres de este paraíso.

(2) Conciliábulo nocturno de brujos y brujas.

(Notas del T.)

felicidad, y aún á fines de la Edad Media citábase y se invocaba con frecuencia á *Frau Saelde* (señora Saelde).

El culto divino se celebraba en los bosques ó templos (estos últimos de la más tosca construcción de madera), en las cimas de las montañas, en las inmediaciones de las fuentes abundantes, en las cataratas ruidosas, á orillas de lagos aislados, ó debajo de los árboles que se distinguían por su belleza ó tamaño (entre éstos recordamos tan sólo la *encina de Donar*, cerca de Geismar). Adorábase á los dioses con oraciones y sacrificios; pero también había imágenes, ídolos esculpidos al principio en madera, y moldeados más tarde en metal: el ídolo más célebre de Germania era la *Columna de Irminsul*, cerca de Heresburg, en Westfalia, destruida por mandato de Cárlo Magno, al convertir por la fuerza de las armas á nuestros antepasados paganos. Es probable que al principio todo jefe de casa fuera el sacerdote de su familia; más tarde, cuando se diversificaron las formas del culto, hubo una institución de sacerdotes y sacerdotisas pero nunca una casta sacerdotal hereditaria. Los actos principales del culto eran la oración, el sacrificio y el oráculo: cuando nuestros antecesores oraban, dirigían la vista hácia el Norte para encontrar la mirada de los dioses, los que se suponía que miraban desde el Norte hácia el Sur. Nuestra palabra alemana moderna *opfern* (sacrificar), tiene un origen latino, como ya se sabe (*offerre*); en la Alemania antigua se decía *blotan* (sangrar), y esta palabra encerraba ya la idea de un sacrificio de sangre. Inmolábanse bueyes, carneros, jabalíes, cochinitos, machos cabríos y caballos, bien para dar gracias á los dioses, ó ya para reconciliarse con ellos; los cráneos de los caballos se clavaban en troncos de árboles de los bosques sagrados.

Pero es indudable también que los altares de los dioses germanos se humedecían con sangre humana: Tácito confirma terminantemente los sacrificios entre los semmones, queruscos y hermunduros, y la misma veracidad tienen otros testimonios antiguos, que prueban tan terrible fanatismo entre los godos, sajones, francos, turingios y frisones. Sin embargo, la costumbre del sacrificio humano se ha conservado más tiempo entre los germanos escandinavos, que entre los alemanes. La fiesta anual de la gran diosa de la tierra *Nerthus* (*Hertha*), descrita por Tácito, terminaba con el sacrificio de todos los esclavos que desempeñaban el servicio santo, considerado como culto secreto. La sangre corría en abundancia en el sacrificio de las grandes fiestas de nuestros antepasados, sobre todo en la época de los solsticios de invierno y de verano. En el primero, el *jul*, fiesta, que en todos los países germanos se verificaba con gran regocijo, celebrábase el renacimiento del Dios del sol. Los sacerdotes cristianos han hecho de esa fiesta la Navidad, así como de la de la primavera, celebrada en honor de la diosa germana Ostara, hicieron la Pascua de la Resurrección (en alemán *Osterfest*, fiesta de la Ostara).

Además de las oraciones y sacrificios propios de las fiestas religiosas de nuestros antepasados, fiestas que manifestaban el gran amor que aquellos profesaban á la naturaleza, solemnizábanse estos actos encendiendo grandes hogueras en las cumbres de las montañas y en los linderos de los sotos consagrados á los dioses. Estos fuegos, ó, como se llamaban «chispas», simbolizaban la deidad que reinaba en el sol y en las llamas.

Su luz y sus oscilaciones considerábanse también como eficaces contra los espíritus del mal y del hechizo. En las alturas, á través de los bosques sagrados, y al rededor de los fuegos